

este punto todos se pusieran de acuerdo, en el terreno de la libertad y del respeto sincero de los derechos ajenos!

“Cuando os halléis en contacto con otros jóvenes de vuestra clase, que no se hayan educado en las mismas escuelas que vosotros, no les mostréis prevención alguna, ni abriguéis disposiciones hostiles. La competencia, racionalmente entendida y lealmente practicada, sólo debe excitar la emulación; noble sentimiento que nada tiene común con los celos, ni mucho menos con el odio.

“Si vuestros condiscípulos de otras escuelas logran mejor éxito que vosotros, redoblad vuestros esfuerzos para igualarlos y aun vencerlos. Si la primacía os pertenece, á ellos toca disputárosla y arrebatárosla, si pueden, con mejores métodos y más constante aplicación. . . . No somos nosotros de aquellos que eliminan al adversario para ahorrarse el trabajo de vencerlo.”

Recibid como más estas nobilísimas frases del Obispo Augustodunense.\* Id á reparar vuestras fuerzas y á prepararos para las nuevas fatigas que empezarán á mediados de Enero. Animados con el éxito y amaestrados por los ligeros contratiempos de este año, podréis en el venidero, oh profesores y alumnos, adelantar más todavía y corresponder con mayor empeño á la confianza que en vosotros han puesto vuestras familias y vuestro Prelado.

\* Monseñor Perraud.



## DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO SEMINARIO  
DE SAN LUIS POTOSÍ, LA NOCHE DEL 13 DE  
NOVIEMBRE DE 1888.





**P**ERDONAD, Señores, si invirtiendo el orden acostumbrado, os dirijo la palabra antes de la distribución de los premios. Tengo tantas cosas que comunicaros esta noche, que he menester de toda vuestra benevolencia y atención; y he temido que si aguardo hasta el fin de la fiesta, os encuentre ya cansados y poco dispuestos á escuchar un discurso, árido como todos los de su clase, á pesar de la importancia del asunto. Además, habiéndose omitido este año, por razones poderosas y excepcionales, el acostumbrado *informe* del Rector, recae sobre mí la doble tarea de arengaros como Prelado y de suplir el forzado silencio del Director del establecimiento. Prestadme, os ruego, atento y favorable oído. Voy á hablaros, ante todo, de los seminarios en general y de sus relaciones con los Prelados de la Iglesia de quienes dependen, y en seguida trataré



de este mi Seminario y de mis propias relaciones con este querido plantel.

El primer cuidado de la Iglesia de Cristo tiene que ser y ha sido siempre la recta disciplina y educación de sus ministros. *Tales sunt cives, quales educantur*, decía en su tiempo un elocuente pagano; y si tanto influye la temprana y buena formación en el simple ciudadano, ¿cuánto no importará á la República Cristiana el que se ajusten al molde de su Divino Fundador esos ministros que deben ser sal de la tierra y luz del mundo, y de quienes depende la salvación ó la ruina de millares de almas redimidas con la sangre preciosa de Jesús?

Así es que, apenas salida de las catacumbas, vemos á la Iglesia dictar medidas, acomodadas á aquellos tiempos todavía azarosos, para formar al Clero. Unas veces se agrupan los candidatos al sacerdocio en derredor del párroco; otras, no pudiendo éste consagrarse al mismo tiempo á la educación de la juventud y á la administración de los sacramentos, recibe coadjutores que se encarguen de esta *escuela, schola*, como por antonomasia se le llamaba. Más tarde se manda al *corepíscopo* que dirija y ordene este colegio ó *conclave*; luego vemos á los mismos Obispos y aun Papas, constituirse en rectores de los ateneos eclesiásticos.

¡Cuánto arrebató mi admiración el ver al Sumo Pontífice San Gregorio, rodeado en su palacio Lateranense de jóvenes clérigos y monjes, á quienes él mismo no desdena instruir en las ciencias sagradas, en los ritos, aun en el canto! En tan ilustre escuela se forma el monje Agustín, más tarde Apóstol de Inglaterra, quien, imitando á su augusto preceptor, agrupa en torno suyo á

los jóvenes levitas, y excita á los demás Obispos de aquella isla á que sigan su ejemplo.

¡Cuán bello es ver al otro Agustín, apenas sublimado á la dignidad episcopal, edificar en Hipona una nueva ala en su palacio para tener en ella á los diáconos y subdiáconos que se preparan al ministerio! ¡Cuánto me agrada contemplar en Toledo á Ildefonso, y en Sevilla á Leandro y á Isidoro formando en su propia residencia *monasterios* (como entonces se les llamaba) idénticos al de Hipona! ¡Qué santo orgullo me llena al leer los decretos de varios Concilios de Toledo, que adelantándose muchos siglos al de Trento, prescriben la erección de verdaderos seminarios eclesiásticos, aunque sin pronunciar aún este nombre!

¡Oh! ¿Por qué apartándose de tan egregios modelos, dejan los sucesores de estos santos Prelados secularizar cada día la educación de los clérigos? Un siglo, y otro, y otros transcurren, y no se percibe la extensión del mal. En vano Eugenio IV trata de restablecer la antigua disciplina. Reservado está á los Padres Tridentinos, en vista de los enormes daños producidos por las herejías del siglo XVI, cortar el mal de raíz, mandando la erección de verdaderos seminarios clericales, tales como ahora se entienden, en que se formen piadosos y doctos ministros del santuario, que den lustre á la Iglesia é impidan que nuevos cismas y herejías desgarran otra vez su precioso manto.

“Mediante la admirable institución de los Seminarios, exclama entusiasmado un historiador moderno, refflorece por todas partes el espíritu más esencial del sacerdocio: la piedad, útil para todo, y germen de toda utilidad. Esa



virtud, echando oportunas raíces en una tierra de bendición, lentamente se madura á la sombra del santuario, iluminada por doctos y experimentados maestros, y apartándose igualmente de una puerilidad supersticiosa, de un fervor indiscreto y de una vil pusilanimidad. Allí, por medio de continuados ejercicios, adquiere la juventud en poco tiempo la experiencia de la ancianidad; allí un celo naciente se acostumbra á las santas industrias y á los sabios preceptos del arte divino de guiar á las almas por el camino de la perfección."

No pasaron ¡ay! muchos años sin que la Revolución Francesa viniera á echar por tierra, casi en todo el mundo, los planteles eclesiásticos fundados después del Concilio de Trento. Restablecida la calma, renacieron de sus cenizas más florecientes que nunca, excepto en uno que otro país en que las perturbaciones políticas y religiosas se prolongaron todavía. La mayor parte de los Obispos confiaban sus seminarios al clero secular; algunos los entregaron á corporaciones religiosas establecidas con este objeto, y que han brillado por su pericia en la educación eclesiástica. La Sociedad de San Sulpicio, además del celeberrimo Seminario de París, dirige muchos en diversas partes de Europa, y algunos en el Canadá y en los Estados Unidos del Norte. Á la Congregación de la Misión están confiados muchos en el Oriente y en el Occidente de Europa, en Asia y en ambas Américas; y conforme al espíritu de su fundador, el insigne San Vicente, se distingue por el cuidado con que forma sobre todo al clero parroquial. La Compañía de Jesús, aunque prefiera en la actualidad Colegios para la formación de jóvenes seculares, no ha considerado nunca

como ajeno á su instituto, el admitir la dirección de seminarios clericales. En tiempo de San Ignacio recibió el Colegio Germánico de Roma, que aun hoy día conserva, y cuyos alumnos, al mismo tiempo que resplandecen por su elevada ciencia eclesiástica, se distinguen entre todos los seminarios de la Eterna Ciudad, por la precisión, exactitud y gravedad con que ejecutan las sagradas ceremonias, siendo como son, peritísimos en rúbricas y en ritos. Á la misma Compañía se entregaron el Seminario Romano y el Inglés de Roma, que no recobró después de la Revolución Francesa; y el insigne San Carlos Borromeo le confió uno de los que estableció en su diócesi de Milán, aunque á poco tiempo, viviendo aún el santo, fué devuelto al Prelado. En nuestros días se ha hecho cargo, entre otros, del Seminario Latino Americano de Roma, del de Guatemala, que demolió la Revolución, y de algún otro.

Por lo que á mí toca, amante siempre de la antigüedad, en mi primera diócesi, en que todo tuve que crear y edificar desde los cimientos, me causó grata ilusión el imitar á los Agustinos é Ildefonsos, y establecí en un departamento de mi propia casa el naciente Seminario.

Trasladado ocho años más tarde al antiguo Obispado de Linares, encontré el Seminario confiado á los sacerdotes de la Congregación de la Misión, y así continuó durante mi episcopado. Hallábase al frente como Rector celoso y digno varón, antiguo condiscípulo mío, y ligado á mi persona con los vínculos de santa amistad, no rotos ni aflojados durante veinte años. Más y más se estrecharon estos lazos en Monterrey, donde fuimos verdaderamente *cor unum et anima una*, y la diócesi toda,



y el clero en particular, y especialísimamente el Seminario, sintieron los saludables efectos de esta íntima unión. Aunque lejos de mi residencia, no pasaba día sin que yo visitase mi Colegio; dos veces por semana se sentaba el Rector á mi mesa; era éste director de mi conciencia, y yo á mi vez era no sólo su prelado, sino su consultor y consuelo. Apenas inventado el teléfono, unimos nuestras habitaciones con el hilo eléctrico, y podíamos á todas horas del día y de la noche, entrar en conversación y tratar del bien de nuestros alumnos. Así es que, á pesar de tener aquella ciudad y aquella diócesi menores elementos que la vuestra, floreció el Colegio, se mantuvieron los estudios al nivel más alto posible en aquellas regiones, la disciplina se conservó cual conviene á un plantel eclesiástico, y si algún abuso amenazó introducirse alguna vez, de común acuerdo lo corregimos y evitamos, y nos defendimos de los enemigos exteriores é interiores, con esa fuerza irresistible que engendra la unión. ¡Ah! Si del Vicario General y del Arcediano se ha dicho que son los ojos y las manos del Obispo, no temo equivocarme al afirmar que en los tiempos actuales el Rector del Seminario debe ser el corazón del Prelado, palpitar con él y por él, darle la vida, animarlo, engrandecerlo, y sólo morir por él y con él.

Además del Seminario Conciliar empezaba á vivir, todavía poco conocido y pequeño cuando yo llegué á Linares, el Colegio Diocesano de San Juan Nepomuceno en el Saltillo, que acababa de fundar mi Predecesor. Lo encontré en la infancia, y en breves años floreció de tal suerte que, en la penúltima distribución de premios que en él presidí, pude prorrumpir delante del ya numeroso

cuerpo de profesores y de un concurso de dos mil personas, á quienes era yo poco simpático, pero que no podían menos que ver mis obras, en esta exclamación que os suplico escuchéis:

“Señores (dije): Poco antes de morir el Illmo. Sr. Vereá, le decía yo sentado á su mesa en el Palacio de Puebla, que el Colegio de San Juan Nepomuceno del Saltillo era el parto más bello y glorioso de su largo episcopado en Linares. Lo mismo me habéis oído repetir varias veces en público y en privado. Ahora bien; si según el proverbio vulgar, más todavía que la mujer que ha dado á luz una bella criatura, tiene derecho al dictado de madre la que la ha amamantado á su seno, y velado sobre ella día y noche con tierno afán, hasta verla crecida y robusta, y libre de los multiplicados peligros que en la infancia se corren, decidme: ¿no tendré yo algún título á la paternidad sobre este plantel, que recibí acabado de nacer, y que ahora os presento grande, robusto, próspero y capaz de caminar por sí solo, sin necesidad de que mi mano lo sostenga, ni lo caliente mi pecho?”

Así exclamaba yo en 1884. Rector nuestro es el mismo que entonces lo era de aquel ateneo y puede dar testimonio de la protección moral que le impartí; protección tan decidida que llegó á excitar los celos del amigo íntimo que, como acabo de indicaros, se hallaba al frente de mi Seminario de Monterrey. Él mismo puede decirnos que cuando poco antes de retirarme yo de aquellas regiones, necesitó de algún auxilio material, espontánea-